



Por el Al Hamlet Danilo García Rojas

**El libro es fuerza, es valor
es poder, es alimento;
antorcha del pensamiento
y manantial del amor.**

Rubén Darío

Se trata del libro titulado “KING-ED Club de Ajedrez”, cuyo autor es el Dr. Eduardo Vega Bolaños, con la colaboración del MI Danny Canda. Haciendo una recapitulación de los libros de ajedrez de autores nicaragüenses, este es el sexto.

El primero, posiblemente es el de Enrique Traña, escrito en 1909, titulado “El ajedrecista en campaña” y dedicado al General José Santos Zelaya. El autor hizo un parangón entre la guerra y el ajedrez, sustentando la tesis de que la estrategia ajedrecística es aplicable a la guerra. Está dividido en cuatro partes. Contiene una colección de partidas de los grandes ajedrecistas del siglo XIX.

El segundo, posiblemente sea el escrito por el Dr. Clemente Guido Chávez, en la década de 1980. Contiene una colección de partidas. En él incluyó el cuento “La odoro-alimentación”, del Dr. Guy José Bendaña, que transcribiré en otro artículo

El tercero es el titulado “Mi vida ajedrecística”, escrito por el MF Edmundo Dávila Castellón, de carácter autobiográfico, contiene una colección de sus mejores partidas comentadas por él.

El cuarto se titula “Huellas nada más” del MI Danny (Danilo) Canda, contiene una colección de sus mejores partidas comentadas.

El quinto es la segunda obra ajedrecística el MF Edmundo Dávila Castellón, la cual consiste en un método para la enseñanza del ajedrez.

Aunque no es de autor nicaragüense, no debemos pasar por alto el magnífico libro “El camino a la maestría”, de nuestro recordado amigo MI Rafael Alberto Barreras García, de nacionalidad cubana, debido a que fue editado, aquí en Nicaragua, por Editorial Hispamer, por gestiones del Dr. Guy José Bendaña Guerrero, presidente de FENANIC.

“KING-ED Club de Ajedrez” es un libro autobiográfico, con una colección de partidas, en las que del autor predominan en número, casi todas victorias o tablas y muy pocas derrotas. En el preámbulo,

el autor, a través de las palabras del ajedrecista Edmundo Prado, hace una sucinta relación de los comienzos de la práctica del ajedrez en Masaya, en la barbería de Wilfredo Gómez; la aparición del Dr. Aarón Tuckler Noguera, quien se convirtió en un abanderado del ajedrez en esa ciudad y la formación del primer club de ajedrez ambulante.

En la introducción se refiere a sus inicios en el ajedrez. Su hermano Carlos José le enseñó a jugar a los 15 años, “allá por 1961”, dice el autor. A continuación se refiere a sus estudios del ajedrez y las primeras partidas que jugó.

En 1969 participó en su primera semifinal de un campeonato nacional.

El 23 de noviembre de 1970 nació el Club de Ajedrez King-Ed. Ese mismo año, el autor participó en el campeonato nacional de ajedrez, con victorias sobre Emilio Morales, Sergio Santamaría (seguramente el jugador fue Fernando Santamaría) y Francisco Castillo Tamariz, entonces subcampeón nacional, en una miniatura de 14 jugadas, que constituyó la sorpresa del torneo y fue noticia en los periódicos. También entabló con Oscar Noguera, en esa época considerado el jugador con más posibilidades de obtener el título de maestro nacional y, según don Julio Ramírez de Arellano, con más talento que Edmundo Dávila. Desafortunadamente, Noguera se malogró, muriendo a temprana edad.

Vega Bolaños relata las arbitrariedades del entonces presidente de FENANIC, capitán (y posteriormente coronel) Gustavo Moncada, de una las cuales el mismo Vega fue víctima y el nacimiento de la Asociación Nacional de Ajedrez de Nicaragua (ANAN), debido a la arbitrariedad de Moncada, de desconocer a don Julio Ramírez de Arellano y a Francisco Castillo, quienes habían finalizado empatados en la final del Campeonato Nacional de 1974, y jugaban un match para dilucidar quién de los dos sería el campeón nacional. Debido a este desconocimiento, el tercer lugar Carlos Lau fue ungido campeón nacional.

Tras el triunfo revolucionario, FENANIC pasó a llamarse de facto FENICA, pero no se hicieron gestiones para legalizar el nuevo nombre, hasta que en la reforma de los Estatutos de FENANIC, del año 2005, se estableció que FENANIC podía llamarse indistintamente FENICA. Vega incurre en la imprecisión de decir que el primer presidente de FENICA fue Bert Bradford. No fue así, pues el primer presidente fue don Julio Ramírez de Arellano, quien renunció a los tres meses de haber sido elegido, asumiendo la presidencia Bert Bradford, hijo del célebre pelotero del mismo nombre, quien fungía como vicepresidente.

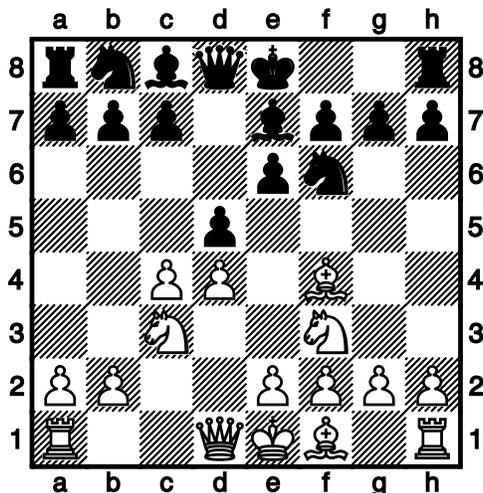
La segunda parte del libro está dedicada a sus actividades ajedrecísticas en Nueva Orleans, Estado de Luisiana, donde emigró en 1985.

Vega, además de jugador activo, ha sido profesor de ajedrez, por vocación. Le agradezco la deferencia de haberme enviado, con el MI Danny Canda, un ejemplar de su libro. Habrá que preguntarle dónde está a la venta.

A continuación, su partida favorita.

Vega Bolaños, Eduardo – Castillo Tamariz, Francisco [D37]
Clasificatorio 1970, 24.05.1970
[Al Hamlet García]

1.d4 d5 2.c4 ♘f6 3.♗c3 e6 4.♗f3 ♕e7 5.♗f4



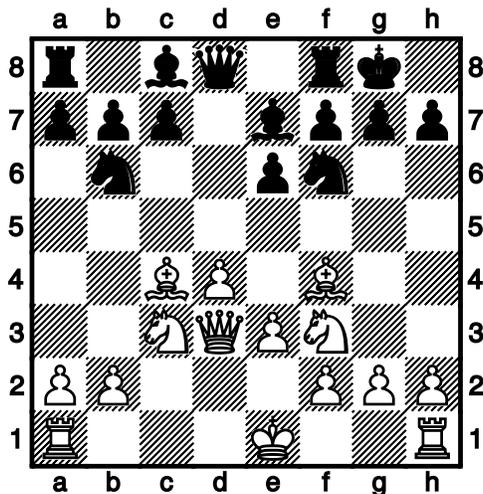
5...♗bd7

5...c5 6.dxc5 ♗c6 7.e3 (7.cxd5) 7...♗xc5 8.♗e2±; La mejor línea para enfrentar esta variante es: 5...0-0 6.e3 c5 (6...b6 7.cxd5 exd5 8.♗d3 ♗b7 9.0-0 c5 10.♗e5 ♗c6 11.♖f3! cxd4 12.♗xc6 ♗xc6 13.exd4) 7.dxc5! con iniciativa de las blancas.

6.e3

6.♗b5 ♗b4+ 7.♗d2 e5 8.dxe5 ♗h5 9.♗e3=

6...0-0 7.♗d3 dxc4 8.♗xc4 ♗b6 9.♖d3?!

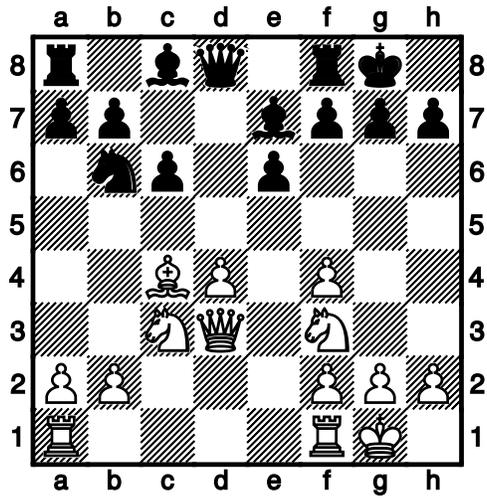


[9.♗d3 ♗bd5 10.♗e5 b6 11.e4 ♗xc3 12.bxc3±]

9...♗fd5 10.0-0

[10.♗b3 ♗xf4 11.exf4 ♗d5 12.g3 b6 13.0-0 ♗xc3 14.bxc3 ♗b7 15.♗e5=]

10...♗xf4 11.exf4 c6?!



[11...♗xc4 12.♕xc4 a6 13.♖ac1 b5 14.♕e2=]

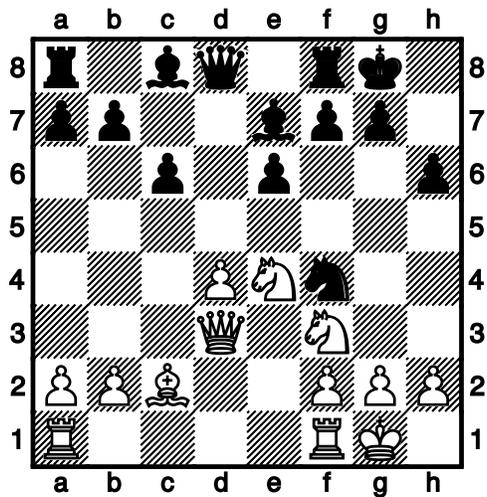
12.♗e4

[12.♗b3!]

12...h6

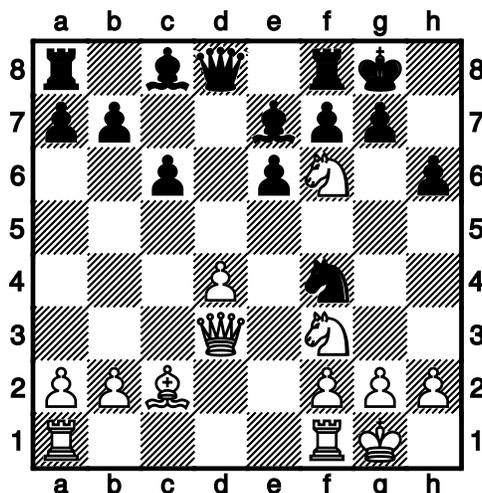
[12...♗xc4=]

13.♗b3 ♗d5 14.♗c2 ♗xf4??



[14...f5!]

15.♗f6+!



1-0

Cuento de Nochebuena

[Cuento. Texto completo.]

Rubén Darío

El hermano Longinos de Santa María era la perla del convento. Perla es decir poco, para el caso; era un estuche, una riqueza, un algo incomparable e inencontrable: lo mismo ayudaba al docto fray Benito en sus copias, distinguiéndose en ornar de mayúsculas los manuscritos, como en la cocina hacía exhalar suaves olores a la fritanga permitida después del tiempo de ayuno; así servía de sacristán, como cultivaba las legumbres del huerto; y en maitines o vísperas, su hermosa voz de sochantre resonaba armoniosamente bajo la techumbre de la capilla. Mas su mayor mérito consistía en su maravilloso don musical; en sus manos, en sus ilustres manos de organista. Ninguno entre toda la comunidad conocía como él aquel sonoro instrumento del cual hacía brotar las notas como bandadas de aves melodiosas; ninguno como él acompañaba, como poseído por un celestial espíritu, las prosas y los himnos, y las voces sagradas del canto llano. Su eminencia el cardenal -que había visitado el convento en un día inolvidable- había bendecido al hermano, primero, abrazándole enseguida, y por último díchole una elogiosa frase latina, después de oírle tocar. Todo lo que en el hermano Longinos resaltaba, estaba iluminado por la más amable sencillez y la más inocente alegría. Cuando estaba en alguna labor, tenía siempre un himno en los labios, como sus hermanos los pajaritos de Dios. Y cuando volvía, con su alforja llena de limosnas, taloneando a la borrica, sudoroso bajo el sol, en su cara se veía un tan dulce resplandor de jovialidad, que los campesinos salían a las puertas de sus casas, saludándole, llamándole hacia ellos: "¡Eh!, venid acá, hermano Longinos, y tomaréis un buen vaso..." Su cara la podéis ver en una tabla que se conserva en la abadía; bajo una frente noble dos ojos humildes y oscuros, la nariz un tantico levantada, en una ingenua expresión de picardía infantil, y en la boca entreabierta, la más bondadosa de las sonrisas.

Avino, pues, que un día de Navidad, Longinos fuese a la próxima aldea...; pero ¿no os he dicho nada del convento? El cual estaba situado cerca de una aldea de labradores, no muy distante de una vasta floresta, en donde, antes de la fundación del monasterio, había cenáculos de hechiceros, reuniones de hadas, y de silfos, y otras tantas cosas que favorece el poder del Bajísimo, de quien Dios nos guarde. Los vientos del cielo llevaban desde el santo edificio monacal, en la quietud de las noches o en los serenos crepúsculos, ecos misteriosos, grandes temblores sonoros..., era el órgano de Longinos que acompañando la voz de sus hermanos en Cristo, lanzaba sus clamores benditos.

Fue, pues, en un día de Navidad, y en la aldea, cuando el buen hermano se dio una palmada en la frente y exclamó, lleno de susto, impulsando a su caballería paciente y filosófica:

-¡Desgraciado de mí! ¡Si mereceré triplicar los cilicios y ponerme por toda la vida a pan y agua! ¡Cómo estarán aguardándome en el monasterio!

Era ya entrada la noche, y el religioso, después de santiguarse, se encaminó

por la vía de su convento. Las sombras invadieron la Tierra. No se veía ya el villorrio; y la montaña, negra en medio de la noche, se veía semejante a una titánica fortaleza en que habitasen gigantes y demonios.

Y fue el caso que Longinos, anda que te anda, pater y ave tras pater y ave, advirtió con sorpresa que la senda que seguía la pollina, no era la misma de siempre. Con lágrimas en los ojos alzó estos al cielo, pidiéndole misericordia al Todopoderoso, cuando percibió en la oscuridad del firmamento una hermosa estrella, una hermosa estrella de color de oro, que caminaba junto con él, enviando a la tierra un delicado chorro de luz que servía de guía y de antorcha. Diole gracias al Señor por aquella maravilla, y a poco trecho, como en otro tiempo la del profeta Balaam, su cabalgadura se resistió a seguir adelante, y le dijo con clara voz de hombre mortal: 'Considérate feliz, hermano Longinos, pues por tus virtudes has sido señalado para un premio portentoso.' No bien había acabado de oír esto, cuando sintió un ruido, y una oleada de exquisitos aromas. Y vio venir por el mismo camino que él seguía, y guiados por la estrella que él acababa de admirar, a tres señores espléndidamente ataviados. Todos tres tenían porte e insignias reales. El delantero era rubio como el ángel Azrael; su cabellera larga se esparcía sobre sus hombros, bajo una mitra de oro constelada de piedras preciosas; su barba entretejida con perlas e hilos de oro resplandecía sobre su pecho; iba cubierto con un manto en donde estaban bordados, de riquísima manera, aves peregrinas y signos del zodiaco. Era el rey Gaspar, caballero en un bello caballo blanco. El otro, de cabellera negra, ojos también negros y profundamente brillantes, rostro semejante a los que se ven en los bajos relieves asirios, ceñía su frente con una magnífica diadema, vestía vestidos de incalculable precio, era un tanto viejo, y hubiérase dicho de él, con sólo mirarle, ser el monarca de un país misterioso y opulento, del centro de la tierra de Asia. Era el rey Baltasar y llevaba un collar de gemas cabalístico que terminaba en un sol de fuegos de diamantes. Iba sobre un camello capa razonado y adornado al modo de Oriente. El tercero era de rostro negro y miraba con singular aire de majestad; formábanle un resplandor los rubíes y esmeraldas de su turbante. Como el más soberbio príncipe de un cuento, iba en una labrada silla de marfil y oro sobre un elefante. Era el rey Melchor. Pasaron sus majestades y tras el elefante del rey Melchor, con un no usado trotecito, la borrica del hermano Longinos, quien, lleno de mística complacencia, desgranaba las cuentas de su largo rosario.

Y sucedió que -tal como en los días del cruel Herodes- los tres coronados magos, guiados por la estrella divina, llegaron a un pesebre, en donde, como lo pintan los pintores, estaba la reina María, el santo señor José y el Dios recién nacido. Y cerca, la mula y el buey, que entibian con el calor sano de su aliento el aire frío de la noche. Baltasar, postrado, descorrió junto al niño un saco de perlas y de piedras preciosas y de polvo de oro; Gaspar en jarras doradas ofreció los más raros ungüentos; Melchor hizo su ofrenda de incienso, de marfiles y de diamantes...

Entonces, desde el fondo de su corazón, Longinos, el buen hermano Longinos, dijo al niño que sonreía:

-Señor, yo soy un pobre siervo tuyo que en su convento te sirve como puede. ¿Qué te voy a ofrecer yo, triste de mí? ¿Qué riquezas tengo, qué perfumes, qué perlas y qué diamantes? Toma, señor, mis lágrimas y mis oraciones, que es todo lo que puedo ofrendarte.

Y he aquí que los reyes de Oriente vieron brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones, cuyo olor superaba a todos los ungüentos y resinas; y caer de sus ojos copiosísimas lágrimas que se convertían en los más radiosos diamantes por obra de la superior magia del amor y de la fe; todo esto en tanto que se oía el eco de un coro de pastores en la tierra y la melodía de un coro de ángeles sobre el techo del pesebre.

Entre tanto, en el convento había la mayor desolación. Era llegada la hora del oficio. La nave de la capilla estaba iluminada por las llamas de los cirios. El abad estaba en su sitial, afligido, con su capa de ceremonia. Los frailes, la comunidad entera, se miraban con sorprendida tristeza. ¿Qué desgracia habrá acontecido al buen hermano?

¿Por qué no ha vuelto de la aldea? Y es ya la hora del oficio, y todos están en su puesto, menos quien es gloria de su monasterio, el sencillo y sublime organista... ¿Quién se atreve a ocupar su lugar? Nadie. Ninguno sabe los secretos del teclado, ninguno tiene el don armonioso de Longinos. Y como ordena el prior que se proceda a la ceremonia, sin música, todos empiezan el canto dirigiéndose a Dios llenos de una vaga tristeza... De repente, en los momentos del himno, en que el órgano debía resonar... resonó, resonó como nunca; sus bajos eran sagrados truenos; sus trompetas, excelsas voces; sus tubos todos estaban como animados por una vida incomprensible y celestial. Los monjes cantaron, cantaron, llenos del fuego del milagro; y aquella Noche Buena, los campesinos oyeron que el viento llevaba desconocidas armonías del órgano conventual, de aquel órgano que parecía tocado por manos angélicas como las delicadas y puras de la gloriosa Cecilia...

El hermano Longinos de Santa María entregó su alma a Dios poco tiempo después; murió en olor de santidad. Su cuerpo se conserva aún incorrupto, enterrado bajo el coro de la capilla, en una tumba especial, labrada en mármol.

FIN

Carátula del libro

